

Ecumenismo al cambio de siglo

Tras la decepción de Graz

La Iglesia cristiana necesita unidad interna para tener credibilidad ante la historia. Así lo pidió el mismo Jesús, la víspera de su muerte. Tras innumerables divisiones, tanto en Oriente como en Occidente, el movimiento ecuménico inició la recuperación de la unidad, contando luego con el entusiasmo del Vaticano II. Sin embargo, a la llegada del nuevo milenio, el ecumenismo parece haber entrado en nueva crisis. Se explica que el Papa quiera reanimarlo con una nueva iniciativa.

Manuel Alcalá, SJ*

HACE casi diez años, 15 al 21 de mayo de 1989, se tuvo en Basilea (Suiza) el *primer Encuentro de todas las iglesias cristianas de Europa*. Organizado por la plural Conferencia de las iglesias

* Doctor en Filosofía. Escritor y periodista. Madrid.

europas (KEK) y por el Consejo de las conferencias episcopales de Europa (CCEE), reunió también, por vez primera desde la reforma (s. XVI), 700 delegados de 125 iglesias y comunidades cristianas, históricamente divididas por cismas y conflictos. Aquel encuentro fue sin duda el acontecimiento ecuménico más importante del siglo XX y el instante más cercano de un itinerario en búsqueda de la unidad perdida. Presidieron el acto, por la KEK, el metropolitano Alexis (Leningrado y Novgorod) y, por el CCEE, el cardenal arzobispo *Carlo M. Martini SI* (Milán). España tuvo 18 delegados. Entre ellos, 15 católicos con los obispos de Ávila, Barbastro y Huelva.

Se palpaba la euforia de una *perestroika* que minaba los comunismos europeos. Espera y esperanza se daban la mano, en clima alegre, bajo el lema Justicia, paz y respeto a la creación. Un texto final, vinculante e inspirado, galvanizó los espíritus (1). Pocos meses después caía el «muro de Berlín» y, por un efecto dominó, empezó a derrumbarse el comunismo en Europa. Acababa una fase apocalíptica de la historia del mundo.

Sin embargo, pronto llegaron las decepciones. La guerra balcánica destrozó las ilusiones. Un golpe de estado llevó a la URSS al borde del caos. La situación económica de muchos países ex comunistas se hizo más catastrófica que antes. Partidos análogos emergieron con nuevas siglas, en elecciones democráticas. Checoslovaquia se partió en dos por viejas discordias. La sociedad de consumo provocó desajustes nuevos, en países reprimidos durante más de 40 años. En vez de telón de acero, se levantó una nueva discriminación económica y social.

Tensión con los ortodoxos

EL panorama ecuménico también cambió notablemente en la nueva etapa histórica. Al divulgarse la «colaboración» de muchos jerarcas ortodoxos con el régimen comunista y su policía política (KGB), su desprestigio fue total. A eso se añadieron las reivindicaciones de la Iglesia uniata católica (2), primero abolida legalmente, luego casi exterminada por Stalin que entregó sus templos y pertenencias a la «ortodoxia nacional». Otros países satélites siguieron su ejemplo. Durante su visita a *Juan Pablo II* (1989), *M. Gorbachov* pidió apoyo a su difícil «peres-

(1) «Ecclesia», XLIX (1989), 825-841. En adelante E.

(2) M. Alcalá. «El problema uniata. Historia de una crisis», RAZÓN Y FE, 229 (1994), 65-78.

troika». El Papa se la prometió, a condición de que los católicos «uniatas», recuperasen su existencia jurídica y sus antiguas propiedades.

Al poco, el benemérito cardenal holandés *J. Willebrands* se jubilaba, siendo sustituido al frente del *Consejo papal para la unidad cristiana*, por el arzobispo australiano *E. I. Cassidy*. Hubo quien creyó ingenuamente en una reanimación del movimiento ecuménico. Ocurrió lo contrario.

El diálogo teológico ortodoxo-católico, vigente desde 1979, estuvo a punto de ruptura en Freising (Alemania), en junio de 1990. La Iglesia ortodoxa acusó de prepotente a Roma y denunció la gran violencia de las comunidades uniatas en sus reivindicaciones materiales. Su texto final rechazó el uniatismo, a saber: la conversión de los ortodoxos a Roma (3).

En tan vidriosa situación, el Vaticano dio un paso desafortunado al nombrar en abril de 1991 unos «administradores apostólicos» para Moscú, Kazajstán y Siberia. La protesta de *Alexis II*, el nuevo patriarca ruso, a la que se sumaron los de Sofía, Bucarest y Belgrado, fue inequívoca. Todos sus patriarcas denunciaron a la Iglesia romana por su intromisión proselitista en varios territorios tradicionales de la ortodoxia. Como efecto inmediato, todos aquellos patriarcados, con las iglesias griegas y armenas, rechazaron solidariamente la invitación papal a la asamblea especial del Sínodo de los obispos sobre Europa, en noviembre de 1991 (4).

Poco después, *Bartolomeus I*, patriarca de Constantinopla, convocaba en su sede, en marzo de 1992, un sínodo extraordinario. Allí se decidió que el diálogo con Roma no continuaría, si antes no se aclaraba el tema del proselitismo católico con los ortodoxos. Era la reacción más dura, desde el Vaticano II. Roma cedió publicando, en junio de 1993, un texto conciliador que posibilitó la reunión de la comisión teológica católico ortodoxa en Balamand (Líbano). Su declaración acerca del *Uniatismo como método inaceptable en la búsqueda de la plena comunión cristiana*, logró serenar los ánimos durante algún tiempo (5).

Con todo, la tensión no desapareció. Aunque en 1995, *Bartolomeus I* accedió a visitar al Papa en Roma, su delegación a la festividad de San Pedro en 1996 amenazó con no entrar en la basílica papal si Juan Pablo II entregaba el «pallium» a un nuevo metropolitano uniata de la diáspora americana. Era claro que el ecumenismo se encontraba en un momento, a todas luces, vidrioso, no obstante las apariencias externas.

(3) *Enchiridion Oecumenicum II*. Salamanca 1993, 322-324. En adelante EO.

(4) M. Alcalá: *Historia del Sínodo de los obispos*, Madrid, 1996, 387-389.

(5) Ver la declaración en «*El Regno*», XXXVIII (1993), 491-493.

Tensión con anglicanos y luteranos

LA etapa de acercamiento entre Roma y Canterbury durante el papado de *Pablo VI* en el diálogo teológico de la ARCIC (Comisión Internacional Anglicana Romano-Católica), fue sancionada por el primado *R. Runcie* y el Papa *Wojtyla*, durante la visita pontificia a Gran Bretaña, en mayo de 1982 y luego por una declaración conjunta, en octubre de 1989 (6). Esta situación hizo crisis con el texto de la «Congregación para la doctrina de la fe» publicado durante la asamblea del Sínodo de los obispos sobre Europa (1991). Al insistir en las discrepancias doctrinales de la ARCIC, provocó una grave decepción ecuménica (7).

El diálogo bilateral continuaba, pero sin afrontar el tema urgente de las ordenaciones femeninas. Éstas fueron decididas por la Iglesia de Canterbury (1992) y realizadas tras preceptiva aprobación parlamentaria (1994), a pesar de los avisos del Papa (8). Poco después, la carta de *Juan Pablo II* «Ordinario sacerdotalis», al declarar la incapacidad eclesial para tales ordenaciones, denunciaba implícitamente la toma de decisión anglicana como «usurpación» de poder. El diálogo mutuo quedó muy dañado no obstante las visitas posteriores del primado anglicano a Roma, donde se repetían hermosas frases y buenos deseos (9).

Con los luteranos no hubo tantas tensiones pues tampoco había sido grande el acercamiento en el pontificado actual, a pesar de los textos de la comisión mixta «*Caminos hacia la comunión*» (1980); «*Todos bajo el mismo Cristo*» (1980); «*El ministerio espiritual en la Iglesia*» (1981); «*Martín Lutero, testigo de Jesucristo*» (1983) y, sobre todo el notable documento «*Ante la unidad; modelos, formas, etapas*» (1984) no apreciado debidamente (10). Una declaración conjunta sobre la «*Justificación*» sigue en estudio, pero ha experimentado un notable retraso.

Acercamientos personales

JUAN Pablo II, consciente de que llegaba el tercer milenio bajo la tragedia de la división cristiana, pensó en gestos de

(6) EO. I. 79-81 (Salamanca, 1986) y II. 42-45.

(7) «Bolletino Sala Stampa della Santa Sede» 517/91, 31; OE. II. 791-801.

(8) M. Alcalá: *Mujer, Iglesia, sacerdocio*, Bilbao, 1995, 139-166.

(9) E. LIX (1994) 888-889. Ver M. Alcalá, o.c. 409-421.

(10) EO. I. 321-358. II. 168-234.

cercanía con los jerarcas de la ortodoxia oriental, doctrinalmente mucho más próximos.

Se inició, pues, en secreto, el contacto diplomático, buscando unos encuentros con los patriarcas de Constantinopla y Moscú. El Papa *Wojtyla* ya había visitado a *Dimitrios I* en su sede del Fanar, nada más comenzar su pontificado (1978). A partir de entonces una representación ortodoxa acudía a Roma en la fiesta de S. Pedro y otra, católica, a Estambul para la de S. Marcos. Con la elección de *Bartolomeus I*, sucesor de *Dimitrios*, crecieron las expectativas. El nuevo patriarca había estudiado con los jesuitas en el Instituto Oriental (Roma) y mantenía buenas relaciones con algunos de sus profesores. A fines de 1987, Juan Pablo II le visitó y ambos emitieron una declaración de acercamiento (11). El Papa, en cambio, nunca había contactado con el patriarca de Moscú. Era algo impensable en la etapa comunista, no obstante ciertos acercamientos formales, como los del metropolitano de Leningrado-Novgorod, *B. Nikodim* con *Pedro Arrupe* general jesuita y con el Papa *Juan Pablo I*, en cuyos brazos falleció el 5 de septiembre de 1978, durante las fiestas de la entronización papal.

Ahora *Juan Pablo II* quería visitar a *Alexis II* el nuevo patriarca de Moscú, antiguo copresidente en Basilea y sensible al ecumenismo. Así se lo indicó al presidente *M. Gorbachov* en la audiencia ya citada, preludeo de una eventual visita pastoral a Rusia. Todo quedó en el aire.

Cinco años más tarde, el Papa publicó su encíclica «Tertio millenio adveniente» (1994) (12), donde pedía explícitamente perdón por la división cristianas. Al año siguiente, dio otros dos pasos importantes. Escribió la carta «Orientale Lumen» (13) a todas las 21 iglesias orientales de su obediencia, y publicó la encíclica ecuménica: «Ut omnes unum sint» (14).

Las reacciones no tardaron en llegar. Aunque *Alexis II* declinó una invitación a reunirse con el Papa en Pannonhalma (Hungría), durante las fiestas del milenario de la abadía benedictina, *Juan Pablo II* insistió en mensaje personal al patriarca ruso. Ante cierta reacción positiva se pensó en una entrevista, también con el patriarca constantinopolitano, en el monasterio de Heiligenkreuz, cerca de Viena. Hubiera sido un gran acontecimiento ecuménico, precisamente en la víspera del *II Encuentro de las iglesias cristianas*, en la ciudad de Graz (Austria).

(11) EO. II. 325-327.

(12) E. LIX (1994) 1774-1749.

(13) E. LV (1995) 744-755.

(14) E. LV (1995) 850-878.

Surgen las tensiones

EL proyecto se hizo aún más verosímil desde que en el mes anterior, *Bartolomeus I* había ido a Milán, al XVI centenario ambrosiano, invitado por el cardenal arzobispo *C. M. Martini SI*. Ambos presidieron la vigilia de Pentecostés en la catedral milanesa. Al día siguiente, *Bartolomeus I* visitó el monasterio ortodoxo de Bose, donde ya habían estado sus dos predecesores: *Atenágoras I* y *Dimitrios I*. A esta visita asistió también *P. Duprey MA*, secretario del Consejo pontificio de la unidad cristiana.

En el discurso público el prior del monasterio habló de un «primado universal de la caridad y de la comunión» que permitiría a las iglesias cristianas, vivir una sinfonía en unidad de la fe. Esto sería la unidad episcopal del obispo pastor con los obispos pastores (1 P 5, 1-4). Varios asistentes consideraron este discurso como respuesta ortodoxa oficiosa, a la iniciativa papal a su encíclica sobre la unidad. Con todo, después del acto, el patriarca constantinopolitano canceló su visita proyectada a Trento. La razón dada a la prensa fue un «malestar imprevisto». Nadie lo creyó. La causa verdadera fue quizás haber sabido el proyecto de la entrevista del Papa con *Alexis II*, que él consideraba como desaire.

Hay que recordar que el patriarca de Constantinopla, hoy Estambul, antes Bizancio, es el primero, en rango, de toda la ortodoxia, aunque sus fieles no pasen de 4.000. El patriarca de Moscú, en cambio, siendo el quinto en antigüedad, preside una Iglesia de 50 millones de fieles, en unos territorios inmensamente mayores que toda Turquía. Entre ambos patriarcas se habían dado últimamente serias tensiones, al negociar un grupo de la Iglesia ortodoxa estoniana su dependencia espiritual, desde Moscú a Constantinopla. Lo cierto es que el primado ortodoxo canceló su visita a Trento y luego también a Graz. Esto último fue muy llamativo, porque el tema central del encuentro en Austria era la reconciliación.

Entre tanto, se deterioraba también la relación entre Roma y Moscú. El santo sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa vetó unánimemente la visita de *Alexis II* a *Juan Pablo II* «por temor al fracaso» y prefirió quedarse en diálogo teológico bilateral. El patriarca ruso obedeció a su sínodo, pero luego acusó al Vaticano de falta de claridad. Es probable que los sinodales rusos estuviesen dolidos por los conflictos sobre devolución de bienes a la Iglesia católica uniata, y por el «paso» de unos 30.000 ortodoxos rusos y siberianos a la obediencia de Roma que ellos pensaban ser uniatismo proselitista. El «ecumenismo desde arriba» fracasaba.

La asamblea de Graz

EL II Encuentro de iglesias cristianas europeas se había planteado en la reunión de Asís (Italia), en mayo de 1995. Asistieron los nuevos presidentes: el anglicano, *John Arnold* (KEK) y el cardenal arzobispo de Praga, *Miroslav Vlk* (CCEE). Allí se fijaron 4 temas principales: nueva Europa; iniciativas ante la lentitud del ecumenismo en muchas iglesias; ultimar las tareas de Basilea y movilizar la energía eclesial, de cara a la reconciliación mutua. Este último sería el lema de la asamblea. El primer borrador del documento de trabajo se presentó en otoño de 1996. Con las numerosas respuestas llegadas, se elaboró el segundo texto que fue estudiado por la KEK en sus reuniones de marzo y abril de 1997. El CCEE las estudió, en Berlín, a fines de marzo. En ésta se aprobaron los temas litúrgicos. Se excluyó explícitamente la *Hospitalidad Eucarística* (intercomuni6n) entre ortodoxos y cat6lico-romanos. Con prisa se acab6 el documento de trabajo, fijándose los objetivos de la reconciliaci6n (15).

Por fin, el 23 de junio empez6 la asamblea de Graz. Asistieron 700 delegados oficiales: 350 procedían de unas 150 comunidades e iglesias cristianas europeas (?). La otra mitad de las 33 CCEE. Asistieron unas 10.000 personas. Esto asegur6 el 6xito cuantitativo del encuentro. Con todo, la organizaci6n fue desbordada en varias ocasiones. Al fomentarse la asistencia de numerosos grupos eslavos, se concedieron descuentos de hasta el 95 por 100 a rusos, búlgaros y rumanos; de hasta 60 por 100, a los países de Centroeuropa y otro menor a países europeos lejanos, como los ibéricos. Esto ocasionarí a cierto «turismo ecuménico», como reconocieron algunos del grupo rumano que fue el mäs numeroso con 1.300 asistentes, seguido del alemán que rond6 los mil; del austriaco, no representativo pues era el paí anfitri6n, y del italiano con 658 participantes. Hubo cerca de 30 españoles. De ellos, 18 eran delegados oficiales, bajo presidencia de los obispos: *J. Sánchez* (Guadalajara), *R. Palmero* (Palencia), *C. López* (Plasencia) y *A. González* (electo de Ávila). Tres delegados no cat6licos acompañaron al obispo *C. López* (Iglesia reformada). La representaci6n de cardenales fue nutrida. Asistieron *E. I. Cassidy* (Consejo pontificio de la unidad), *M. Vlc* (Praga), *C. Ruini* (Roma), *C. M. Martini SI* (Milán), *F. König* (emérito de Viena), *A. Simonis* (Utrecht) y *Tb Winnings* (Glasgow).

(15) KEK-CCEE, *Reconciliaci6n. Don de Dios y fuente de nueva vida*. 2.º borrador. Madrid, abril, 1997, 80 p.

¿Un fracaso anunciado?

EN el acto inaugural en la capital de Stiria, ambos presidentes no quisieron tocar temas conflictivos. El cardenal Vlk se ciñó a vivencias personales, insistió en la esperanza y afirmó que la reconciliación es más necesaria que nunca. Debería haber auténtico diálogo sin imposición de opiniones propias y olvidando el eurocentrismo. De su parte *J. Arnold* presidente del KEK, insistió considerar la reconciliación, como regalo de Dios y fuente de vida. Lo mismo diría en la plaza de la libertad de Graz, el presidente austriaco *Tb. Klestil* (16).

Un camino más realista fue iniciado por los antiguos presidentes, en Basilea. El cardenal *C. M. Martini SI* dijo que los cambios producidos desde la euforia de 1988, requerían insistir de nuevo en una confesión de culpas, bajo la cruz de Cristo. Citó con habilidad a *Juan Pablo II*, en el reciente congreso eucarístico polaco de Wroclaw, y a *Bartolomeus I* en su visita a Roma, de 1996. Acabó diciendo que los nuevos problemas socioeconómicos de Europa no deberían eclipsar a los teológicos, dentro del proceso de recuperación de la unidad cristiana.

El patriarca *Alexis II* rompió el equilibrio diplomático, al citar, de forma descarnada, no sólo los problemas socioeconómicos y políticos de la Europa oriental, tras el derrumbamiento del muro de Berlín, sino la «actitud proelitista desenfadada» de los misioneros extranjeros en territorios ortodoxos. La alusión masiva era para las sectas cristianas y para la Iglesia católica, latina y griega (uniata). Tal intervención fue decisiva, marcando un clima de agresividad, no calmado en la rueda de prensa, ni por el administrador apostólico latino, *T. Kondrusewicz* (Moscú), ni por la gran comprensión del cardenal emérito de Viena, *F. König* que intentó inútilmente aliviar las llagas abiertas. Estas se agravaron por la intervención del «katolikós» armenio, *Karekin I* que tuvo, en la segunda jornada, una brillante intervención, aunque morosa, sobre la falta de fe y ceguera moral de Europa.

De su parte, el discurso de *Chiara Lubich* fundadora del movimiento «Focolare», no pasó de ingenua propaganda de su obra que valoró como nueva forma de ecumenismo reconciliador por el amor. Hubo, además, unos testimonios de reconciliación, procedentes de minorías, entre ellas la vasca. Quedaron también en un segundo término. Más realista resultó la intervención de la pastoral y teóloga austriaca *Elisabeth Parmentier* que definió a Europa, encinta de angustia y esperanza, dos gemelos en lucha.

(16) Toda la documentación de Graz, aun no publicada, fue facilitada por la oficina de prensa del encuentro.

Tampoco disiparon las nubes los *mensajes* de la jornada siguiente, tras las liturgias mañaneras y las meditaciones bíblicas en grupos. El primero fue el del Papa al cardenal *E. I. Cassidy*. *Juan Pablo II* subrayó los puntos de unión eclesial; alabó el diálogo teológico pero no aludió a su actual situación. Terminó con la insistencia en la paz y la unión europea, sus valores espirituales y la autocita de su última encíclica (17). Le siguió el mensaje de *K. Kaiser*, secretario del *Consejo Ecuménico de las iglesias*. Era también genérico al citar las condiciones de la paz, justicia, libertad, futuro de seguridad, tolerancia de las minorías y reconciliación ecológica. El tercer mensaje, del primado anglicano *G. Carey* (Canterbury), tocó los modos evangelizadores en la vieja Europa. Si antes, los cristianos evangélicos preferían la misión, los católicos la liturgia y los liberales la acción social, hoy son necesarios todos esos elementos. El último mensaje, de *Br. Hlope* (secretario general del consejo de iglesias de África del Sur), insistió en hallar nuevas rutas de reconciliación, necesarias después del «apartheid».

Entre los presentes se repartió una nota de *Bartolomeus I*. Tras su saludo, comunicó que no asistiría «después de una madura reflexión y para evitar daños mayores y fomentar la reconciliación». No culpó a nadie de su decisión, pero tampoco la explicó. A continuación, distinguió entre el simple acercamiento y la verdadera reconciliación. Esta no consiste en constataciones de intereses, finalidades comunes, pero sectoriales, sino, además, en profunda convicción de comunidad de vida y de futuro solidario, único capaz de superar toda exigencia individualista y toda confrontación humana. Su disertación, aunque interesante, ni convenció, ni justificó una ausencia inexplicada.

En la primera rueda de prensa hubo tensiones fuertes por el ataque patriarcal a los uniatas. El mismo presidente *J. Arnold* indicó que los temas clericales pasarían a segundo término, para no bloquear el resto. De hecho, comenzaron inmediatamente los numerosos «foros de discusión», de unas 25 personas, agrupadas por criterios lingüísticos. Los temas eran demasiados y debieron acotarse, cara a los textos finales. Hubo reuniones y asambleas de toda índole, hasta llegar a unos 300 actos. La participación, especialmente juvenil, fue buena; la dispersión, grande y la calidad, muy desigual. Los temas «tabú» fueron: la *intercomuni3n* eucarística y la *ordenaci3n sacerdotal femenina*, ambos promovidos por las comunidades occidentales. Las ortodoxas se escandalizaron tanto que hubo que amputarlos en la redacci3n final, lo mismo que las expresiones sobre las injusticias eclesiales cometidas contra ellas. Con esto, las mujeres se sintieron marginadas de nuevo en las tomas de

(17) E. LVII (1997) 1050-1051.

decisión. Todo esto quitaba credibilidad al acontecimiento, puesto que eran formas de regatear puntos importantes de una reconciliación auténtica.

Los documentos de Graz

EL mundo de hoy no concibe encuentros sin documentación. Tal vez se cree que los papeles solucionan los problemas. El viernes, 27 de junio, se tuvo en Graz una plenaria para discutir su primer documento: *mensaje* de la asamblea al mundo. Su redacción a cargo de seis delegados, no fue aceptada. En cambio, fue aprobada abrumadoramente la segunda redacción. A partir de la *experiencia* de Basilea insiste en cuestiones posteriores que deberían afrontarse ahora. Su segunda parte prima la reconciliación como intercambio de ideas y acciones concretas, aunque muy dificultadas por la globalización del tema. La tercera parte: *desafíos*, enumera nada menos que 20 objetivos. Casi todos son genéricos: evangelización, unión más eficaz, curación de la memoria histórica. Otros se centran en temas socioeconómicos y políticos, terminando con la llamada a la solidaridad universal. Su inspiración no supera mucho la mediocridad (18).

El sábado 28 víspera de la clausura se dedicó a asambleas plenarias para votar el *texto doctrinal*. Ante dificultades procedentes de algunos delegados ortodoxos, se aceptó que el documento fuera sólo de «trabajo» y no vinculante. Era la admisión del fracaso. Los reparos tocaban a las condenaciones del antisemitismo, colonialismos, discriminación femenina en la Iglesia y la sociedad. Bastantes comunidades orientales viven aún de experiencias martiriales con el comunismo y son sensibles en demasía a cualquier crítica desde Occidente, aunque criticando ellas con dureza la secularización de Europa Occidental, ya presente en sus territorios. La Iglesia católica tampoco condenó explícitamente el proselitismo, tal vez para evitar malas interpretaciones.

El documento teológico tiene una primera parte de 33 afirmaciones doctrinales no especialmente trabadas entre sí. Se alaba la unidad en la reconciliación, no obstante las divisiones doctrinales; se agradece la confesión en Cristo reconciliador y se insiste en su radicalidad, totalidad y sentido trinitario. Luego se toca la división religiosa de hebreos y cristianos; hombres y mujeres y a diversos grados de sufrimiento. Se termina con una exhortación a la humildad de Europa, al concepto de la gracia, más allá de la justicia; al diálogo cultural y el situar la economía bajo el signo de la misericordia condonando las deudas públicas de países pobres.

(18) E. LVII (1997) 1052-1053.

Las *recomendaciones* del documento teológico son 21, repartidas en 6 apartados. La mayoría son fórmulas «imperativas» de enunciados más o menos doctrinales: acciones litúrgicas simbólico-pastorales; promoción del ecumenismo, sus derechos-deberes; alerta al proselitismo y a modos de fundamentalismo y garantías de libertad y de diálogo interreligioso. Se insiste en temas socio-económicos y políticos, como discriminación femenina o de emigrantes, derecho de asilo y destierro de los enfoques sexistas en la economía y política. Como compromisos concretos se pide la creación de un comité mixto KEK y CCEE, para analizar conflictos. Finalmente se tocan la responsabilidad ante la ecología y las ayudas a otras regiones del mundo con año sabático de condonación de sus deudas. El tema será prioritario en las próximas reuniones de Birmingham (1998) y Berlín (1999). Se termina pidiendo el 0,7 por 100 del PIB de los países y el 2 por 100 de los ingresos eclesiales, para los países más pobres (19).

Evaluación de la asamblea

EL II Encuentro de las iglesias cristianas en Graz no ha producido una impresión tan positiva como Basilea. Sus presidentes reconocieron, en la conferencia de prensa final, que había sido un acontecimiento tan difícil como la misma Europa. Pesaron demasiado, tanto la injustificada ausencia del patriarca de Constantinopla como los ataques del de Moscú, en una asamblea convocada bajo el lema de la reconciliación.

En Graz, pues, faltó no sólo diálogo auténtico sino concienciación de la vidriosa etapa, en que se halla hoy el ecumenismo. No se tocaron los varios modelos posibles de reunificación cristiana, primándose más los temas económicos que los ecuménicos, estrictamente dichos. Esto es un paso atrás. Hubo excesivas nostalgias de Basilea y constante alusión a sus documentos.

Es cierto que en Graz se rezó auténticamente en común, algo que es fundamental. También que participó el pueblo sencillo junto a minorías directivas, indicando que el ecumenismo debe partir también de abajo y que el fenómeno será creciente si los jerarcas no se ponen de acuerdo. Sin embargo, también se han dado hipersensibilidades peligrosas. Muchos ortodoxos, aislados durante decenios, consideran el ecumenismo como un peligro para la fe y los deseos de intercomuniación como algo análogo a un sacrilegio. Por otra

(19) Documentación del encuentro de Graz.

parte, su espiritualidad se desconcierta, ante las prioridades dadas por las iglesias occidentales a temas socioeconómicos y, todavía más, ante los exegetas liberales con sus visiones nuevas (20).

Por si todo fuera poco, el 29 de junio, clausura en Graz, faltó por primera vez en 21 años, la representación oficial ortodoxa a la fiesta de S. Pedro, en la basílica vaticana. Juan Pablo II subrayó con energía en su discurso la primacía de la Sede apostólica romana.

Días después, el parlamento ruso (Duma) votaba una nueva ley sobre la libertad religiosa que privilegiaba cuatro religiones tradicionales de Rusia: ortodoxia cristiana, budismo, islamismo y judaísmo. Las demás confesiones cristianas tendrían determinadas «restricciones», como las «sectas». Se sabía que el patriarca *Alexis* y su santo sínodo apoyaban semejantes leyes. El presidente de los EE.UU. *B. Clinton* amenazó retirar a Rusia su calidad de país económicamente privilegiado, si tal ley se aprobaba. *Juan Pablo II*, por su parte, escribió el 24 de junio, recién iniciado el encuentro de Graz, una carta personal a *B. Yeltsin* para que no sancionase con su firma el proyecto (21). El presidente ruso ha atendido ambas peticiones contra la opinión oficial ortodoxa. Es otro signo del ecumenismo en crisis. En cambio, es positivo el tratado de paz entre 15 comunidades religiosas ucranianas para regular mutuas reivindicaciones, sobre los bienes enajenados durante el stalinismo.

De cara al tercer milenio

LA situación ecuménica al final del segundo milenio ha padecido un retroceso, tras el ímpetu adquirido en el Vaticano II. Las razones son variadas y, como siempre, mezcla de factores religiosos y políticos.

Cara al tercer milenio la discrepancia fundamental entre las cuatro principales iglesias cristianas sigue siendo el «ejercicio del primado de Pedro para toda la Iglesia cristiana», dentro del marco definido por el Concilio Vaticano I. Esto lo sabe de sobra el Papa y ésa es la razón de su acierto, al relanzar un diálogo pacífico sobre el tema, en su ya citada encíclica «*Ut omnes unum sint*». Sus palabras textuales son:

«La comunión real, aunque imperfecta que existe entre todos nosotros éno podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a entablar conmigo sobre esta cuestión un diálogo fraterno y paciente, donde podríamos

(20) Una reseña optimista de Graz ofrece R. Marín, *Europa sedienta de reconciliación*. *Vida Nueva*, n.º 2.099, 23-29.

(21) E. LVII (1997) 1188.

escucharnos, más allá de estériles polémicas, sólo teniendo presente la voluntad de Cristo para su Iglesia, dejándonos impactar por su grito: "que todos sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado"?)» (22).

Ha habido respuestas de toda índole a esta valiente iniciativa del Papa. Individuales de obispos y cardenales y colectivas e institucionales. Entre estas últimas, la de la *Congregación para la doctrina de la fe* en un simposium, sobre «El primado del Sucesor de Pedro», a comienzos de diciembre de 1996. El Papa le envió su mensaje. La presentación corrió a cargo del cardenal J. Ratzinger (23). El acto tuvo lugar en vísperas de otra visita del primado anglicano, G. Carey, a Juan Pablo II.

Poco después, el 24-25 de enero de 1997, la *Academia teológica bávara* organizó en su sede de Munich otro simposio, por cierto excelente, cuyo lema diverso era «Una encíclica abre nuevas perspectivas. Ministerio de Pedro y Ecumene. El servicio de Pedro a la unidad de los bautizados» (24).

En todas estas aportaciones se van delineando algunas «prioridades» reales del estado de la cuestión. Serían, más o menos las siguientes:

1. La teología del primado romano y su ejercicio real, clave del actual ecumenismo, presupone como ha sugerido el mismo Papa, la *autocrítica honrada de la Iglesia católico-romana sobre el tema*.

2. Las iglesias ortodoxas, anglicanas y luteranas admiten que el obispo romano es el único que, durante 20 siglos, ha reivindicado autoridad sobre toda la cristiandad. No hay otra alternativa. Este hecho debe ser reconocido sin reserva, aunque luego se deba precisar su alcance.

3. La unidad histórica en la Iglesia primera no fue de índole bipolar, entre dos magnitudes de «derecho divino»: *Papa y obispo local*, sino de carácter tripolar: *obispo local, sínodos regionales de iglesias principales (luego, patriarcados) y, por fin, el Papa*. Un enfoque de índole bipolar que tiene por simples unidades administrativas a los organismos intermedios, como hoy serían las conferencias episcopales, no respondería a la primera tradición eclesial. Además, la concepción bipolar dificulta la colegialidad episcopal.

(22) E. IV (1995) 875.

(23) «L'Osservatore romano», 2-3.XIII.1996 y 6.XII, 1996. Actuaron en el acto los profesores W. Pannenberg (Munich) y H. Chadwick, luterano y anglicano, respectivamente. Sus actas serán publicadas.

(24) Zur Debatte. *Themen der Katholischen Akademie in Bayern*. München 1997, n. 2. März-April, 1-8. Actuaron en este simposio, además de los profesores citados en la nota anterior, la profesora ortodoxa N. Georgopoulou (Atenas) y los profesores católicos: P. Hünermann (Tubinga), J. Gnlika (Munich) y Kl. Schatz SJ (Frankfurt/M), bajo la moderación de W. Beigert (Munich).

4. Un problema prioritario para el acercamiento ecuménico sería, pues, la mejor valoración teológica y la *capacidad funcional práctica de las estructuras supradiocesanas, sin las que no puede ejercerse bien el* «principio de subsidiariedad». Habría que sacar de su parálisis actual, el estatuto teológico de las conferencias episcopales, donde se confrontan «centralismo y participación» en el gobierno eclesial.

5. Debe precisarse si esas unidades intermedias son de «derecho divino» al fluir desde Jesucristo, como revelación de Dios, y de la Iglesia, como la comunidad de fieles que afirma la revelación. En tal sentido la *Iglesia cristiana es comunión de iglesias*, locales y regionales.

6. Los cinco patriarcados antiguos: Roma, Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén, formaron una *pentarquía* cohesionada durante varios siglos. Sus relaciones siguen siendo prototípicas. Hoy no se deben exigir más condiciones a la unión que las entonces vigentes. En tal proceso, las iglesias evangélicas tendrán más dificultad que las ortodoxas y anglicanas, pues surgieron en las regiones sometidas desde el s. IV, al obispo de Roma, en cuanto *patriarca de occidente*.

7. Deberían distinguirse, en el obispo de Roma, dos aspectos distintos: *primado de toda la Iglesia, y patriarca occidental*. La curia romana fue instrumento de gobierno del patriarcado de Occidente. Luego pasó a serlo también de toda la Iglesia católico-romana.

8. Sería bueno hallar otro instrumento de gobierno ordinario para toda la Iglesia católico-romana. Así lo pidió un metropolitano oriental al Concilio Vaticano II y a varias asambleas del Sínodo de los obispos.

9. Existen varias formas y modelos de unidad, a partir de la Iglesia, considerada como «comunión» (*koinonía*). Hay que dar pasos sin prisa ni pausa para llegar, desde la unidad imperfecta a la perfecta.

Indudablemente queda un largo y trabajoso camino que recorrer. Eso lo saben las comunidades cristianas que, no obstante tantos fracasos, mantienen la esperanza por recuperar una unidad perdida.

La iniciativa de Juan Pablo II, probablemente la más valiente de todo su pontificado, merece el esfuerzo y la colaboración de todos para lograr el objetivo de la recuperación de la unidad cristiana sin la que la Iglesia de Cristo no tiene suficiente credibilidad ante el mundo (25).

(25) La iniciativa papal recuerda la obra de H. Fries y K. Rahner (1983): *La unión de las iglesias. Una posibilidad real*. Barcelona, 1987. Su tesis IV toca el servicio de Pedro y condiciones de su ejercicio.